

LDEMARO ROMERO, hijo

A



El autor es Licenciado en Biología, Doctor en Biología Tropical y estudió el Posdoctorado en Manejo de Recursos Naturales en la Universidad del Estado de Pensilvania, Estados Unidos. Ha publicado más 200 artículos de investigación y divulgación en revistas nacionales y extranjeras. Desde 1986 es el director ejecutivo de la Fundación Venezolana para la Conservación de la Diversidad Biológica - Bioma

Con motivo del segundo aniversario de **Reporte**, se me ha pedido una visión de lo que podría ser Venezuela en materia ambiental para 1995, así como cuál es mi proyecto personal para esa fecha.

Para mí ambas cosas son lo mismo. Después de todo para los que trabajamos en el "tercer sector" de la sociedad, es decir, ni el del gobierno ni el de las ganancias económicas, sino en el de las instituciones sin fines de lucro, nuestra meta es poder producir cambios en la sociedad que van más allá de la política o los negocios, más allá de lo temporal o parroquial. En pocas palabras, imaginamos cosas que no existen y nos

La Venezuela Posible

preguntamos, ¿por qué no?

Venezuela vive la crisis ambiental más aguda de su historia. Hemos perdido ya 25 por ciento de nuestro territorio que se encontraba en estado natural; al ritmo actual podríamos perder 50 por ciento para el año 2000 y 75 por ciento para el 2015. Las especies de plantas y animales que se encontraban amenazadas de extinción hace 5 ó 10 años atrás, no han mejorado su condición de vulnerabilidad; por el contrario, ésta ha empeorado.

Muchos de nuestros parques nacionales han sido invadidos, parcialmente desforestados y/o estéticamente dañados. Excepto por casos aislados, los niveles de contaminación en muchas partes del país se han incrementado dramáticamente y, lo que es peor, las acciones para corregir estos problemas, si bien siempre anunciadas, pa-

reciera que por alguna razón nunca llegan a buen término.

Dadas estas circunstancias, ¿por qué he de ser optimista? Si algo nos han enseñado tanto los cambios políticos que están ocurriendo en aquellos países donde hasta hace poco existían regímenes totalitarios sustentados sobre la supremacía del Estado y el estricto control de la información, así como los sucesos del 27 de febrero de 1989 y los movimientos populares subsiguientes, es que el futuro no está en esos esquemas fracasados de estatismo (en sus diferentes versiones) ni

en desarrollo de sistemas económicos del beneficio por sí mismo, carente de un concepto de retribución a la sociedad como un todo de parte de esas ganancias.

Por eso es que aquellos que vemos a la "sociedad civil" o "tercer sector" de la sociedad como el paradigma del futuro, somos optimistas.

¿Pero cuáles son esos sueños para nosotros como ambientalistas? Como no pretendo ser el portavoz de todos ellos, sólo voy a mencionar aquí, aquellos de mis sueños personales que con mayor frecuen-

"Venezuela vive la crisis ambiental más aguda de su historia. Hemos perdido ya 25 por ciento de nuestro territorio que se encontraba en estado natural; al ritmo actual podríamos perder 50 por ciento para el año 2000 y 75 por ciento para el 2015".

en materia ambiental

cia hayan sido bien recibidos por algunos de mis colegas.

Sueño con una Venezuela que conozca nuestra problemática ambiental y que esté dispuesta a hacer algo por resolverla. Con un pueblo que entienda que dinero para el ambiente significa inversión en nuestro futuro; no gastos para el presente. Que tengamos prioridades bien definidas sobre un calendario de acción urgente. Que entienda que para resolver esos problemas ambientales lo que necesitamos es una sociedad, no un gobierno poderoso. Que se concentre en el futuro. Que tengamos en este campo grandes líderes que puedan decir "tengo ideas nuevas", y que lejos de ser atacados por las fuerzas de la mediocridad, se les permita acercarse al pueblo y conducirlos a grandes metas.

Y es que muchas veces olvi-

damos que todos respiramos el mismo aire, que vivimos en el mismo país, que deseamos el mismo futuro para nuestros hijos y que todos somos mortales.

Cuando el poder guía al hombre hacia la arrogancia, la naturaleza le recuerda sus limitaciones. Cuando el poder estrecha las áreas de las preocupaciones humanas, la naturaleza le recuerda de la riqueza y diversidad de su existencia. Cuando el poder corrompe, la naturaleza limpia.

Pero para materializar esos sueños y alejar los fantasmas del poder hay que trabajar también por otros ideales.

Debemos trabajar para lograr un gran futuro para Venezuela, una Venezuela que igualará su sabiduría con su riqueza petrolera, su poder con su propósito. Que no sea temerosa de la gracia y la belleza, la

cual protegerá la diversidad de sus ambientes naturales; que preserve sus valores arquitectónicos, sus plazas y parques, y que podamos construir ciudades balanceadas para el futuro.

Una Venezuela que premie a aquellos de sus hijos que se destaquen en las artes, las ciencias y la conservación del ambiente, tanto como ha premiado a aquellos que han tenido éxito en los negocios y la política.

Una Venezuela que sea reconocida internacionalmente por conservar su patrimonio natural y que entienda, en definitiva, que la naturaleza que hoy disfrutamos no la hemos heredado de nuestros antepasados, sino que la estamos tomando prestada de los hijos de nuestros hijos.

*Director Ejecutivo, BIOMA

